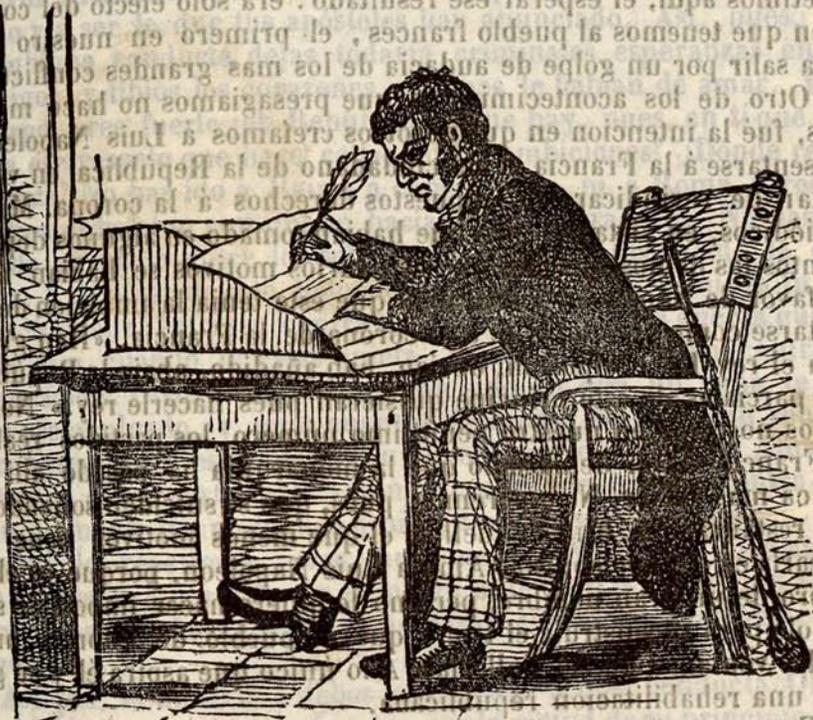


DON CIRCUNSTANCIAS,

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



LEDRU-ROLLIN Y LUIS NAPOLEON.

Hé aquí los dos hombres que la Francia necesita. El uno tiene la confianza del pueblo francés, el otro sus simpatías. El primero resolverá las cuestiones políticas por la fuerza de su convicción y el poder de su ciencia; el segundo por el prestigio de un nombre que llena de entusiasmo todos los corazones. Los dos unidos salvarán a la República.

No creemos que sea ciencia en nosotros el privilegio que hemos tenido de adivinar gran parte de lo que actualmente sucede en Francia. Desde un principio digimos que en las complicaciones que indudablemente surgirían en el país vecino, se necesitarían al frente del gobierno de la República hombres que llevasen una voluntad

de hierro á la decision de todas las cuestiones. Por eso reclamamos el triunfo del partido Rojo, sobre los partidos temporizadores. Por eso auguramos la próxima rehabilitacion de los partidos estremos que habian recibido un golpe terrible en las jornadas de Junio, no porque ellos las hubieran provocado, sino porque se les creia mas próximos que los demas á apadrinar á sus fautores. El grande eco que ha tenido en Francia el último discurso de Ledru-Rollin, nos dá á conocer demasiado la realizacion de ese cambio en la opinion que nosotros anunciamos. Pero no era ciencia en nosotros, repetimos aqui, el esperar ese resultado: era solo efecto del concepto en que tenemos al pueblo francés, el primero en nuestro sentir para salir por un golpe de audacia de los mas grandes conflictos.

Otro de los acontecimientos que presagiamos no hace muchos dias, fué la intencion en que nosotros crefamos á Luis Napoleon de presentarse á la Francia como ciudadano de la República en vez de tratar de revindicar sus supuestos derechos á la corona. Muchos periódicos, en vista del giro que habian tomado en algunos departamentos las demostraciones que con varios motivos se habian hecho en favor de Napoleon, auguraban que este tenia la ambicion de presentarse como pretendiente á la corona de la Francia. «Han gritado viva el rey Luis Napoleon, decian, han añadido, abajo la República: los parciales de este príncipe quisieran pues hacerle rey.» No, digimos nosotros en nuestro penultimo número, los partidos realistas en Francia saben demasiado que la monarquía ha pasado allí para nunca mas volver. No esperemos, pues, que se suiciden soñando con una restauracion. Entre aquellos, el que menos motivos tiene para deseársela es el napoleonista. Ama á Luis Napoleon, porque es el heredero de un gran nombre, pero no le quiere hacer imposible señalándole para reconstruir el trono que el pueblo de Febrero arrojó por las ventanas de las Tullerías. A lo único que aspira él y su gefe, es á una rehabilitacion republicana.

Esto que nosotros deciamos hace pocos dias, lo ha venido á confirmar la sesion de la Asamblea del 27. Luis Napoleon se presentó en ella á manifestar su adhesion sincera á la República y á prometer una cooperacion activa en la obra de su reconstitucion. Luego fué á sentarse en los bancos de la izquierda, donde le esperaba la oposicion democrática pura.

¡Oh poder de la Francia! ¡Oh fuerza de la República! Héte ahí cómo van los príncipes á deponer á tus pies sus coronas, y cómo los derechos y las supremacias se resignan á tu ley. No has necesitado ser violenta para hacerte obedecer. En todas partes se ha aceptado y respetado tu obra, y nadie se ha atrevido á murmurar contra tu nombre. En el exterior todos han demandado tu amistad: los reyes absolutos, los autócratas, el papa, el sultan: en el interior los partidos mas reaccionarios han tenido que decirse tus amigos para no quedar en la oscuridad de las cosas pasadas.

Muy fuerte eres, oh República, cuando así humillas á tus mas

encontrados enemigos. Les infundes pavor con tu gesto, les metes miedo con tu palabra. ¿Qué sería, pues, si de una vez te presentases en la robusta desnudez de tus verdaderas formas? ¿A dónde irían á ocultar su vergüenza? Los girones de la monarquía que llevas aun sobre tus hombros, el andar ceremonioso que has tomado de los usos de las antiguas córtés, rebajan tu dignidad natural y no te dejan aparecer tal como eres. Aun hay muchos, que al oírte usar el lenguaje de los antiguos palaciegos, se hacen la ilusión de creer que has de degenerar en monarquía. Otros no te aman con el fervor entusiasta que les inspirarías á presentarte con un símbolo propio y á ser lo que tus apóstoles han anunciado. Así, pues, con tu ambigua conducta dejas todavía criminales esperanzas en tus enemigos, y tibios los corazones que mas te habian de amar. Y sin embargo eres fuerte ¡oh República! ¿Qué hay, pues, en tí que imponga ese respeto que hace callar tantas ambiciones? ¿Dónde reside tu fuerza? No has ido á Reims á consagrarte, ni á Roma á recibir del papa el bafeton con que se hacian los emperadores. No has nacido de un pacto entre los soberanos, ni te ha producido la conquista. Y á pesar de esto todos te respetan y nadie te niega tu derecho á existir. Intrigan contra tí, porque conocen la guerra que les haces aun cuando te estas quieta, pero nadie protesta contra tu instauracion. Otros tiempos hubieran sido en que un papa te hubiese escomulgado, y unos cuantos soberanos se hubieran reunido en congreso para estigmatizar tu advenimiento al mundo. Ahora se contentan con tenerte mala voluntad, y lo que hablan contra tí lo dicen de modo que no lo oigan ni aun sus mismos pueblos.

¡Oh! lo repetimos, eres muy fuerte, República. Has aparecido mansa, y á pesar de eso tiemblan ante tí. Has dicho que venias de paz, y sin embargo todos se preparan como si les amagases con la guerra.

Así que, lo único que debes temer es tu propia conducta. Observalo bien: ninguna institucion cae por la virtud de su principio, sino por la degeneracion de este. Estudiemos las metamorfosis de los gobiernos y de las instituciones sociales, y las veremos á todas prepararse á caer por medio de la adulteracion que los acontecimientos infiltraron en ellas. Los gobiernos deben penetrarse profundamente de su mision, y prepararse á cumplirla. No que atropellen los obstáculos abriéndose paso por la violencia; pero es necesario que trabajen siempre con un fin de que nada ha de ser bastante poderoso para distraerles. Pues bien, la República ¿qué debe significar? ¿qué debe querer? Debe significar la rehabilitacion del hombre delante de la sociedad y delante de su conciencia. Delante de la sociedad, por la libertad y por la igualdad; delante de su conciencia, por la fraternidad que hace aparecer á todos los hombres como individuos de una gran familia que se deben entre sí el amor y el respecto de hermanos. Fuera, pues, trabas y privilegios que coartan los desarrollos del individuo: fuera odios y rencores que amenguan su valor moral.

Este debe ser el fin de la República: en su símbolo está escrito todo su programa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; hé aquí las condiciones bajo las cuales los pueblos pueden levantarse á la perfectibilidad.

Para cumplir este programa se necesita energía. Hay hondas preocupaciones en el corazón de los estados, inveteradas costumbres, reacios intereses, que son otras tantas trabas á la acción de los gobiernos reformadores. Los que transigen con estos abusos caen para provocar reacciones. Los que los desarraigan como fistulas asquerosas, curan el cuerpo social y le dan la vida y la salud.

De modo que en la actualidad la República francesa se halla en la alternativa de consagrarse á su obra con fé y calor, ó de provocar con su irresolucion continuos trastornos y desvirtuarse. Hemos visto que con solo pronunciar su nombre ha estremecido hasta lo mas hondo el corazón de la vieja Europa; pero ahora, para conservar ese prestigio y esa fuerza, es preciso que sea algo mas que un nombre, que sea una realidad. Esto no lo logrará mas que consagrándose al desenvolvimiento de los grandes principios sobre los que se ha asentado.

Ahora bien; el gobierno francés actual, ¿puede consumir la obra de la República? ¡Ay! muchas veces hemos estado vacilantes acerca de lo que debíamos creer de su actual presidente. El general Cavaignac nos aparecía algunos momentos como un hombre prudente, que aplazaba por cortos instantes la realizacion de la obra revolucionaria. El tiempo, sin embargo, ha venido á presentarnos á este general en sus verdaderas proporciones. No es mas que un hombre honrado, que se asusta ante la responsabilidad de los pasos que puede dar la República. Sabe que la Francia con mover un pié arrastra tras de sí á la Europa, y cree que la sangre que se vertiese en esa guerra general iria toda á caer sobre su cabeza. Poco confiado en las fuerzas de la República, porque no abraza toda la estension de su principio, teme que un imprudente compromiso pudiera hacer sucumbir la causa revolucionaria por otro medio siglo, como sucedió en la guerra general empezada á fines del pasado. Así que, Cavaignac vacila y no debe esperarse de él que salga de esa perplegidad que compromete la suerte de la República.

Si Cavaignac cae, entre los hombres de mas prestigio en el país se presentara indudablemente Luis Napoleon. Pero para que este candidato pueda oponerse al presidente actual es preciso que signifique algo aparte y distinto de lo que significa el general Cavaignac. Este ha sostenido la política de la moderacion y de la tolerancia hasta el punto de hacer iguales á los amigos y á los enemigos de la República: el que le suceda ha de hacer por fuerza algo ménos ó algo mas. Algo menos es imposible, porque seria una restauracion: algo mas es necesario, porque solo así se cumplirá la obra de la República.

Luis Napoleon tiene ambicion , tiene parciales : si quiere, pues, llegar á la presidencia debe hacerse el representante de la República roja. Y segun algunos periódicos, y á juzgar por su presentacion, y el puesto que ha ocupado en la cámara, este es su sentir.

Al lado de Luis Bonaparte se levanta otro hombre de grande prestigio por su rectitud política , por la entereza de su carácter y por la elocuencia de su palabra y su vasto saber. Ledru-Rollin , en efecto, es el mas genuino representante del partido republicano rojo , sin mezcla de socialismo , comunismo ni nada que huela á tal cosa. El discurso que últimamente ha pronunciado en el banquete de Chalet es una profesion de fé muy importante en los momentos de perplejidad porque ahora pasan los hombres políticos de la Francia. El quiere en el interior todo lo que tienda á hacer accesible al pobre el camino de su rehabilitacion , y en el exterior quiere sacar á la Francia con honor de los compromisos en que le ha puesto su revolucion. Su gobierno indudablemente será un gobierno de propaganda. Nadie como M. Ledru-Rollin puede en Francia hacer que sea una verdad la República.

De modo que tenemos dos hombres que indudablemente serán los primeros en las candidaturas á la presidencia. Ahora bien ; estos hombres, ¿ no podian figurar juntos ? Luis Bonaparte , ¿ no podia ser presidente teniendo por gefe del gabinete á Ledru-Rollin ? ¿ No se lograrian reunir así las simpatias al nombre y la confianza en el hombre ? Indudablemente ninguna combinacion podria presentarse mas á propósito para encaminar la República por las vias de la grandeza y la prosperidad.

Tenemos , pues , que la República francesa ha logrado hacerse temer aun antes de producirse con toda su fuerza : tenemos que para conservar ese prestigio necesita desenvolverse en las condiciones de su propia existencia ; y tenemos , por último, que los dos hombres que pueden mayormente cumplir este propósito son Ledru-Rollin y Luis Napoleon.

Así se salvará la República y salvará con ella á los paises que ha empeñado en la lucha contra sus tiranos por efecto de la propaganda que ha hecho cundir por las ideas y por el ejemplo: de otro modo no diremos que la República peligre, pero vendrán sobre la Europa graves trastornos, y la causa de la libertad aplazará por algun tiempo su triunfo.

AMNISTIA , LEGALIDAD , ETC. ETC.

¿Será verdad lo que corre?
 ¿Calmado por fin veremos

**el fuego de los que mandan
con el frío del invierno?**

Así se dice, señores,
y aun cuando yo no lo creo
nada se pierde en decirlo
y algo se ganará en verlo.

Dícese que los ministros
sin duda la marcha viendo
de las cosas en Europa
cambiar de rumbo han resuelto.

Que dentro de pocos días
se debe dar un decreto
que torne á los ciudadanos
la libertad y el sosiego.

Que se dará una amnistía,
por cuyo sencillo medio

volverán á sus hogares
los que tanto están sufriendo,
y que se abrirán las córtes,

y que adoptará el gobierno
una marcha de templanza,
legalidad y progreso.

No fuera malo, señores;
antes bien, fuera muy bueno,
tan bueno.... que por lo mismo
no lo creo hasta no verlo.

Amnistía! Los ministros
no comprenden bien con esto
cuanto ganáramos todos
y nadie tanto como ellos.

Los infelices que gimen
en la cárcel y el destierro;
los pobres que en un presidio
se ven como bandoleros,

tornarian á sus casas
llena el alma de consuelo
proporcionando á sus hijos
la alegría y el sustento.

Y no hay que temer, señores,
que en los que tanto sufrieron
eterna sea la llama
de amargos resentimientos.

Aunque muchos inocentes
 por esos caminos fueron
 con los bandidos mezclados,
 y entre cadenas sujetos;

Aunque muchos han sufrido
 sobre el fatal atropello
 la ruina de su fortuna
 con otros males sin cuento;

yo sé bien que perdonaran
 esos perjuicios inmensos
 con tal de volver muy pronto
 de sus familias al seno.

Porque el odio, la venganza
 y otros instintos perversos
 caben en almas serviles,
 mas no en liberales pechos.

¡Legalidad! ¡Ahí es nada!
 ¿qué otra cosa? ¿qué otro objeto
 tenemos los que la causa
 de libertad defendemos?

Pues que, cuando hacemos todos
 la oposicion al gobierno
 es solo por las personas
 que ocupan el ministerio?

No; nuestra guerra es mas noble,
 santa y legal, vive el cielo:
 nosotros fieles intérpretes
 de la voluntad del pueblo,

queremos que el pueblo sea
 gobernado con acierto,
 regido con mas justicia,
 tratado con mas respeto.

Queremos verle ocupando
 su lugar en todo tiempo,
 que se le consulte mas
 y se le moleste menos.

Ya nuestra bandera saben
 esos adversarios nuestros,
 aunque otra cosa aparenten
 para lanzarnos denuestros.

Sí, nuestra bandera es justa,
 es la bandera del pueblo

y por ella combatimos
y siempre combatiremos.

Y espero no me denuncien
cuando combatir ofrezco;
combatiré, ya se sabe,
de la ley en el terreno.

Estas son nuestras doctrinas,
nuestros principios son estos,
y ellos nos inspiran solo
la oposicion al gobierno.

Pues bien; si tal es la causa
que con razon defendemos,
comprenderán los mas tontos
cuanto ni mas los discretos,

el placer con que la marcha
de legalidad veremos
adoptar á los que manden,
si es que se ha pensado en ello.

Entonces podremos todos
salir de dia á paseo
sin temor, aunque veamos
á los de la ronda el ceño.

Podremos dormir en casa
con calma, paz y sosiego,
sin temer que venga nadie
á interrumpir nuestro sueño.

Podremos tomar la pluma
y espresar nuestros deseos
sin temor que nos supriman
ó nos manden á un encierro.

En fin, podremos entonces
vivir todos satisfechos
de que somos ciudadanos,
pues hoy somos... algo menos.

Quiera Dios que esos rumores
que circulan salgan ciertos,
y que no quede en un dicho
lo que debe ser un hecho.

Quiera Dios podamos pronto
unos y otros entendernos
y combatir con franqueza
de la ley en el terreno.

Mas tal estado de cosas, francamente, no lo espero, y aun me parece imposible nada mas por ser tan bueno.

ESPOSICION DE PINTURAS.

(SALA SEGUNDA.)

No sin sufrir grandes apretones pudimos salir de la sala primera, donde estaba arremolinada la gente atraída por la novedad de la estacion. Sobre todo, hay personas que se colocan á la vista de un cuadro, y con dificultad se las podria desalojar del puesto aunque entrara una compañía de soldados á la bayoneta. Ya se vé, los unos porque son inteligentes contemplando el dibujo del señor Tejeo, y los otros porque no son inteligentes admirando las gracias charrangueras del señor Madrazo (D. Federico), el hecho es que todos forman una barrera inaccesible para el prójimo que desea salir y entrar con desahogo. Si á esto se añade que algunas veces se interponen esas niñas horripilantes que cuanto mas feas son tienen mas gana de que las vean, digo á ustedes que se pasa un rato divertido en los salones de la Exposicion. Gracias que esto se compensa con ver algunas caras sumamente lindas, y sobre todo con la idea de ver muchos cuadros, que aunque malos algunos, no son tan malos como el caballo de Fernando VII, colocado en la primera sala del Museo, obra de D. José Madrazo. Este famoso caballo, y sea dicho de paso, ha dado mucho que hablar á los jitanos: unos le han considerado de raza árabe, otros de raza inglesa, y otros de raza gallega; pero ninguno va derecho, porque el tal caballo no es de raza inglesa, ni de raza gallega, ni de raza árabe, sino de la raza de piedra que no deja de ser habilidad eso de ponerse á pintar un caballo de carne y sacar un caballo de mármol. Puede que si D. José se propusiera pintar un caballo de mármol, hiciera un caballo de carne y hueso, capaz de tirar de un coche, y vayase lo uno por lo otro. Pero basta de digresiones y vamos al asunto, que es la Exposicion de este año, para lo cual conviene tener presente que acabamos de entrar en la segunda sala, en la cual mi inteligente acompañante se espresó de esta manera.

—¿Qué cuadro es este? ¡Aaah! ya caigo; este cuadro representa el monasterio del Escorial, y está pintado por el señor Kuntz (cuñado del señor D. José Madrazo).

—No diga usted nada, exclamé yo súbitamente herido por un recuerdo. Este cuadro merecía la pena de que no le hubieran traído aquí sin sacudirle con unos zorros para quitarle el polvo y las telarañas, porque si mi memoria no es infiel, ya estuvo en la Exposición allá por los años de 1832 ó 1833, por mas señas que entonces le tocó estar en el patio.

—Pues hombre, dijo mi compañero, bien podia ese señor haber presentado algo de nuevo, que me parece que en diez y seis años tiempo ha tenido de hacerlo, pues lo que es ese Escorial ya merece que lo pongan en conserva. Pero pasemos adelante. Aquí hay retratos en óvalos hechos por el señor Ferrant; este es de su hermano, á quien conozco, y por cierto está muy parecido y bien ejecutado: el colorido es fresco y natural. Estotro es de su cuñada en traje negro: tambien tiene muy buena entonacion; el parecido es exacto y presenta toda la gracia del original. Aquí hay otro cuadrillo del mismo señor D. Luis Ferrant: miren ustedes qué caballo y qué palafrenero tan bien hechos: ahí se vé gusto en la ejecucion y mucha inteligencia; el fondo y colorido son agradables.

Miren ustedes un cuadro que representa la Samaritana: este es del jóven artista D.... (francamente, mi compañero dijo el nombre del artista y yo tambien lo lei en el papelito, pero tengo el sentimiento de no recordarlo en el instante de escribir este artículo).

Reconozco en este artista dotes para que pueda brillar con el tiempo siempre que trate de separarse de ese estilo desentonado en que la vista no halla reposo alguno. Procure este señor copiar la naturaleza sin ese espíritu de imitacion de estilos que entreveo en él, y desaparecerá esa dureza que es de mal efecto siempre.

Veán ustedes un cuadro del señor Esquivel, que podemos titular, Cuadro de la Caridad ó de la Limosna. Pero déjenme ustedes tomar primero el punto de vista.

—Si; busquemos despacio el punto de vista, dije yo.

—Este cuadro, prosiguió el inteligente, está muy bien concebido y espresado el asunto filosófica y artísticamente. Todas las figuras estan en su lugar, porque la perspectiva está entendida como se debe. El colorido es verdadero y la entonacion agradable. Es muy bello el grupo de los pobres, y presenta la verdad sin exageracion y sin esa brillantez de que algunos otros hacen uso, como si todos los objetos que ofrece el natural fueran muebles de ebanistería para estar tan pulimentados. Ejemplo de esto es ese retrato que está detrás de el del señor Esquivel. Ese retrato pin-

tado por el señor Madrazo (D. Federico) quiere ser la muger del señor Miranda, pero lo disimula mucho. Miren ustedes qué dureza, lo mismo que en todas las obras de este buen señor. Además ¡qué falta de verdad! El original es moreno, y el señor Madrazo (D. Federico) ha puesto aquí unas carnes blancas, pero con la particularidad de que esta señora (hablo del retrato, no del original, que en nada se parece al retrato) parece una cómica que se ha empolvado con albayalde para salir á la escena. Se vé que este artista ha estudiado mas para contentar á las gentes superficiales que á los inteligentes, y lo ha logrado; pues seduce á los ojos, pero no á la razon.

—Miren ustedes, dijo Juan Lanas dándonos un codazo, detrás de nosotros está el original, segun dicen, que yo no lo he conocido.

Efectivamente, supimos que estaba allí la señora de Miranda, y acabó de quitarnos todas las ilusiones una pintura que tanto distaba de la naturaleza. Por lo demas, no está mal tocado el retrato, y las telas pertenecen al consabido estilo. Al ver el fondo temí que me embarcasen, porque parece el Océano.

—¿Qué juzga usted, amigo mio, dije por fin, de ese cuadro que representa el golfo de Nápoles?

—Que el señor D. Domingo Gallego, su autor, es hombre que lo entiende; ahí ha ejecutado con mucha verdad, tiene gusto de color y transparencia.

Lo dejaremos por hoy; mas no será sin decir cuatro palabras acerca de la Virgen que ha presentado últimamente el apreciable artista señor Tejeo. ¿Pero qué diremos de este trabajo en particular que no hayamos dicho al emitir nuestro juicio en general sobre las obras de este señor? No nos cansaremos de repetirlo: D. Rafael Tejeo es un profundo conocedor del arte. Se ve que lo ha estudiado en los grandes maestros de la escuela italiana, y desde luego se nota que conoce la escultura; así logra dar bulto á las figuras, ofreciendo á los que contemplan sus obras el encanto que produce la primera de las condiciones de la pintura, que es la verdad. Otro dia concluiremos esta revista artística; pues aunque falta bastante, procuraremos compendiar todo lo posible este juicio critico.

LOS USUREROS

Prosigue mi criado Juan con su prurito de escribir esos renglones cortos que llaman versos, de modo que su empeño, nacido de una fuerte dosis de amor propio, raya hoy en una especie de

monomanía tan pesada como la que domina al célebre Torremocha y á su temible rival doña Marta Renó. Desde que concibió el pobre Juan la funesta idea de fabricar coplas en loor de la señorita Coronado, no hace otra cosa que coplas en todo el día de Dios, debiendo advertirse que aunque generalmente no dice nada en sus versos, manifiesta una prodijiosa facilidad. Esto no me estraña mucho, porque acostumbrado estoy á tratar con hombres que no saben escribir una carta en prosa y saben hacer comedias en verso, y no es alusion a un individuo; es la regla general, tan general que conozco pocos hombres de suficiente genio, talento é instrucción para cultivar con fruto la literatura, pero no conozco un solo español que no sepa hacer versos, y lo que es mas, versos buenos, lo que prueba que el hacer versos buenos no tiene mérito ninguno; pues el verdadero mérito hoy dia consiste en hacer versos malos ó en no saber hacerlos malos ni buenos.

Lo único que hay de particular en mi doméstico es esa flexibilidad de voz que le permite plegarse á todas las inspiraciones y á todos los tonos. Tan pronto me presenta una égloga como una sátira, y un romance ligero como un ensayo épico: nada hay que le detenga. El otro dia hizo versos á la Carolina Coronado; al siguiente describió en seguidillas el paso de las Termópilas; ayer dedicó unas octavas reales en estilo patético á los individuos de Proteccion y Seguridad Pública, y hoy me ha leído la siguiente letrilla consagrada

A LOS USUREROS.

Toda la usurera plaga
en dos pinceladas pinto
si retrato á D. Jacinto
Martinez de Barinaga.

Aseguran caballero,
aunque el derecho me queda
de dudar que serlo pueda
quien tiene tanto dinero;
aseguran que teneis
la sociedad contra vos,
porque á Dios no conoceis,
ó al menos, porque quereis
al dinero mas que á Dios.

Por lo tanto es justo que haga,
y en estas cosas me pinto,
cruda guerra á D. Jacinto.

Martinez de Barinaga.

Aunque millonario estais
diz que disgustado os veis,
que es poco lo que teneis
para lo que ambicionais.

No será falso el presagio
del hombre que os considere
victima de ese contagio...
pues siempre ha dicho el adajio
que el que mas tiene mas quiere.

Y aunque esta opinion es vaga
apostaré tercio y quinto,
à que cuadra à D. Jacinto
Martinez de Barinaga.

Dudo que enojado esteis
siendo un rico tan atroz,
que según pública voz
no sabeis lo que teneis.

Y siendo tan potentado
no fias en la palabra
del que os debe, aun siendo honrado,
y dormis siempre de un lado
como el licenciado Cabra.

Golpe fatal os amaga;
ó tomad rumbo distinto
desdichado D. Jacinto
Martinez y Barinaga.

Si de dar un par de duros
os veis en la precision,
casi inspirais compasion
pintando vuestros apurós.
Vuestros esfuerzos son vanos;
inútil es vuestro intento,
pues quisieran mas de ciento
tener dos horas las manos
donde vos el pensamiento.
Cosas hay que nadie traga,
que es grande el humano instinto,
y conoce à D. Jacinto.

Martinez de Barinaga.

Muchos me han asegurado
sin afañ de hacer os guerra

que hasta debajo de tierra
teneis el oro guardado.

Y cuando el oro enterrais,
dice bien quien os conoce

que sepultura le dais

para que nadie lo goce

ya que vos no lo gozais.

Si esta ilusion os halaga,

digo que es un laberindo

el infeliz D. Jacinto

Martinez y Barinaga.

Pero mi juicio se aferra

en negar que así penseis

cuando avariento escondéis

el oro bajo la tierra.

Sentís un golpe cercano

que os puede volver tarumba,

y el oro enterrais (en vano)

por tenerlo mas á mano

cuando bajeis á la tumba.

No ireis al demonio en zaga

cuando invadais su recinto,

si esto es verdad, D. Jacinto

Martinez de Barinaga.

Si fuéreis tan torpe ó zafío

como dicen con malicia,

¿qué os valdrá tanta codicia?

Nada mas que este epitafio.

«Aquí yace un comerciante

que rebentó de usurero.

Guarda el bolso, caminante,

que si oye sonar dinero

puede ser que se levante.»

Si mi copla da en la llaga,

contemplad que soy sucinto,

y dispensad, D. Jacinto

Martinez de Barinaga.

—Bien, dijo *D. Circunstancias* leyendo la letrilla, está bien; pero ¿por qué encabezas tu composicion con el epitafio de «á los usureros» si solo hablas de un usurero?

—Está usted equivocado, contestó Juan Lanás. Yo no me singularizo con nadie; ese D. Jacinto es un hombre cualquiera, un

ripio, como cuando ustédes pónen Pedro, Juan ó Diego, y como cuando los poetas del género tonto hacen versos á Cloris ó á Filis.

—Sin embargo, es mucha casualidad que hayas elegido el nombre y apellido de Jacinto Martínez Barinaga, anatematizando en ese para tí ente de razon, á todos los usureros, y digo que es casualidad, porque justamente he oido hablar de un tal D. Jacinto Martínez Barinaga (q. e. p. d.), el cual tiene mucha afición al dinero y de quien puede que nos ocupemos tú y yo algunos ratos, para que sepas las travesuras que está haciendo.

—¡Grande casualidad ha sido! pero dígame usted ¿vive ese sugeto?

—Creo que sí, porque aunque la codicia no le deja vivir, todavía no se ha muerto.

—Pues, ¿por qué pone usted entre paréntesis esas letras que quieren decir *que en paz descanse*?

—Porque está en el otro mundo.

—El diablo me lleve si lo entiendo. Dice usted que ese hombre vive, y sin embargo dice tambien que está en el otro mundo. ¿Cómo se explica eso?

—¿No sabes tú, pobre Juan, que hay dos mundos? Pues sino lo sabes debes aprenderlo para que lo sepas. Sí, hombre; sí; hay dos mundos, el antiguo, que es el que habitamos tú y yo, y el nuevo mundo, que es el que habita ese D. Jacinto Martínez Barinaga.

—Ahora ya lo comprendo, y comprendo tambien cómo puede uno irse al otro mundo sin necesidad de morir.

—Ese D. Jacinto vive efectivamente en la Habana, y sino fuera porque vive tan lejos y porque tú no puedes estar en relaciones con un hombre de su clase, diria que tu letrilla iba dirigida á él, porque no está la casualidad solamente en haber escrito su nombre y apellido con todas sus letras, sino en que has hecho un retrato de él que no lo hace mejor D. José Madrazo, quien segun rumores trata dedicarse al daguerrotipo, convencido de que solo así puede hacer retratos. Pero esto no es del caso. Para que veas quién es D. Jacinto Martínez Barinaga, te voy á contar un suceso que tuvo lugar hace pocos dias. El hecho es que habia en la Habana un tal Ricart, sugeto de algunos intereses y de una honradez proverbial: este señor compró á Barinaga valor de 5000 pesos en azucar para cargar un bergantin que tenia en bahia. Cargó este; pero viendo Ricart que le seria imposible abonar los 5000 pesos el sábado, por haberle faltado á él varios pagarés de bastante valor, se dirigió á casa de D. Jacinto, y le suplicó hiciera el favor

de esperarle hasta la semana próxima. D. Jacinto, incapaz de conmoverse ni de tener compasion de sus semejantes (me refiero á la especie, no á la clase), contestó que de ninguna manera podia esperar, y que si Ricart no pagaba el sábado, tomaria la providencia de desembarcarle el azúcar. Llegó el viernes, y por no verse Ricart en el trance de presenciarse el vejamen que le amenazaba y que iba á amenguar su crédito tuvo el triste pensamiento de quitarse la vida, como en efecto lo verificó á las diez de la noche, tomando un veneno tan activo que á las doce ya no existia!!!

—¡Qué desgracia! Ese hombre tenia honor y no merecia ser tratado con tanta crueldad.

—¿Qué quieres? Ese se mató y otros se pasean haciendo alarde de sus embrollos, porque entre las muchas faltas que tienen, la peor de todas es la falta de vergüenza.

—Pero dígame usted, *D. Circunstancias*, ¿quién sabe si ese *D. Jacinto Martínez Barindaga* se hallaria tambien en mala disposicion? ¿Tiene dinero efectivamente?

—No es cosa mayor. Se calcula su capital en unos tres ó cuatro millones de duros.

—¡Ginojól! Eso es lo mismo que sesenta ú ochenta millones de reales. Pues un hombre, así bien podia esperar una semana el pago de los cinco mil duros, y no ir á cargar con el remordimiento de causar la muerte del pobre Ricart.

—Sí, sí; no tendrá *D. Jacinto* malos remordimientos. Ni se habrá vuelto á acordar de semejante cosa. Ya te he dicho quien es ese señor y que hemos de consagrar algunos ratos á hablar de sus hazañas por si quieres hacer una leyenda, que puede ser muy curiosa, ya que manifiestas tan decidida vocacion por las musas.

En el *brochazo* anterior, perteneciente al 1.º del corriente, al hablar de si los Directores y Junta de gobierno de la Compañía Española general de Comercio habian hecho dimision, añadimos una causal, que según mejores datos no es cierta. En consecuencia, deber nuestro es dejar á las personas citadas ó aludidas en el buen lugar que les corresponde. Tampoco es cierto que ha dado su dimision la Junta de gobierno. La que efectivamente hizo dimision fué la Junta directiva, aunque por motivos distintos de los que se nos habian manifestado.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.

Imprenta de D. J. Llorente, calle de Alcalá, número 44.